

# APRENDER A SENTIR

*Susana Ruiz Goñi*

Profesora de Tercer Ciclo de E. Primaria.

Colegio El Regato (Barakaldo)

- ¿Por qué tienes en el cajón de tu mesa una fotografía de cuando eras pequeña? - me preguntó hace tiempo un alumno.
- Para no olvidar que un día también yo tuve tu edad. – le respondí.

Sonrió. Tengo que confesar que, aunque mi infancia y adolescencia fueron felices, también hubo miedos e inseguridades propios de la edad. Miedo, entre otras cosas, a dejar de pertenecer al grupo y a sentirme sola porque así me sentía en el aula. Durante un tiempo entendí aquella soledad como un fracaso personal. Hoy en día pienso que el fracaso no estaba en mí sino en el modelo educativo que me aislaba.

Menos mal que la hora del siempre menospreciado recreo me daba la oportunidad de relacionarme. Compartíamos juegos aprendidos o inventados, acordábamos nuestras propias normas, formábamos equipos y ejercíamos roles que contaban con el respeto del grupo. ¿Aprendizaje cooperativo? La entrada a clase nos transportaba a otra realidad.

Cuando empecé mi vida laboral repetí el modelo de aprendizaje adquirido. Preparaba mis clases con ilusión y abrumaba a mis alumnos con la máxima información que era capaz de reunir. Pero no les veía motivados. Me sentía frustrada. No me daba cuenta de que ellos pertenecían a otro momento distinto al que yo había vivido. Solo los más sumisos y disciplinados me hacían sentirme valorada. Eran los alumnos que cumplían mis expectativas. Lo difícil era comprender a los que mostraban falta de motivación, se distraían fácilmente o charlaban con un compañero. Ahora pienso que, con su actitud, cuestionaban de alguna manera mi modelo de aprendizaje.

Si las experiencias positivas favorecen nuestro aprendizaje, ¿por qué insistía en las negativas? Si generan miedo, en unos casos, y oposición, en otros, ¿dónde estaba el beneficio? Seguía aferrada al sistema del pasado que daba más importancia al control del proceso que al resultado. Era lo que me hacía sentir segura. Era lo aprendido. Pero, ¿quién era yo para igualarles en aprendizaje? ¿por qué me olvidaba de sus propias competencias? Tenía que cambiar, había que intentarlo. El grupo se iba a enriquecer.

Cuando llegó a mí la oportunidad de conocer en qué consistía trabajar en equipo sentí que se abría una ventana. Hacía tiempo que necesitaba aire fresco. Puede que trabajar por proyectos no sea la panacea, puede que aprender entre iguales no supla todas las carencias o puede que sea una moda

pero ya hemos comprobado que el aprendizaje memorístico y rutinario no actúa en beneficio del conocimiento. Puestos a escoger, me quedo con la idea de moda. Al fin y al cabo, moda es la consecuencia de un cambio en la forma de pensar. Significa que la rueda del aprendizaje sigue en movimiento.

Me confieso admiradora de Oteiza. Hace años me interesé por su obra y su pensamiento. Hablaba de la importancia de los puntos de apoyo. De cómo dos puntos en los que se apoya una materia necesitan buscar un tercero y liberar al círculo del encierro en sí mismo. Me ayudó a entender mi trabajo de otra manera. Cambió mi concepto de aprendizaje. La clave estaba en buscar apoyos. Se facilita la comprensión y fluye la energía. Era sentido común y sonaba a cambio.

Pero todo cambio necesita un tiempo. Cuando empecé buscaba seguridad, y cuando la encontré no me separaba de ella nada ni nadie. El riesgo estuvo en permanecer anclada tanto tiempo. Acabé viéndolo todo normal.

A la conocida expresión de *“aprender a desaprender”* añadiría *“desacostumbrarse de la costumbre... pero, además, optimizando el ritmo”*. En materia de avances tecnológicos, las nuevas adquisiciones quedan obsoletas en breve espacio de tiempo. En el ámbito de la información ocurre algo parecido. ¿Y en la escuela? No creo que nadie se resista al cambio por el placer de hacerlo pero necesitamos ampararnos en nuestra experiencia para poder entenderlo. Sin embargo, convendría definir qué es experiencia para no confundirlo con antigüedad.

### **Trabajar en equipo para conseguir un equipo de trabajo**

Cuanta más información recibía sobre las claves para un buen trabajo en equipo más necesitaba ponerlo en práctica en el aula. El problema era cómo transmitir a mis alumnos qué es empatía, tolerancia, inteligencia emocional....

Pensé en una actividad extremadamente sencilla. Que nadie brillara por sus aptitudes sino por sus actitudes. Quería que tuvieran tiempo para observarse a sí mismos e identificar sus emociones.

Amplíé unos dibujos cercanos a sus intereses y recorté cada uno en un número de piezas coincidente con el número de alumnos que yo pretendía por equipo. Les expliqué en qué consistía la actividad. Tenían que pintar la lámina como si el trabajo fuera hecho por una sola mano. Recibieron la explicación con grata sorpresa. En realidad, les pareció una tontería pero estaban encantados.

Mezclé las piezas de todos los dibujos y les pedí que deambularan por el aula hasta encontrar al resto del equipo del que iban a ser partícipes. Aquí empezó el primer problema. No les había tocado con sus amigos. ¡Peor aún! Algún chico se vio rodeado de chicas y viceversa.

Posteriormente, ambos confesaban que habían sentido colaboración. Estupendo. Empezábamos a romper estereotipos.

Una vez calmados, había que decidir qué técnica utilizar: pinturas de cera, acuarelas, témperas... No fue tampoco fácil. Además, si en algún momento habían pensado que la actividad iba a ser relajante, observé cómo se tensaban vigilando al resto de compañeros e intentaban imponer criterios: *“No aprietes tanto tu parte porque nos va a quedar fatal”, “Estás pintando unas ramas de los árboles como si fuera primavera y yo he empezado las mías en otoño”, “¿Por qué has pintado tu trozo de cielo de negro? Porque no habíamos decidido si era de día o de noche”...*

Algunos finalizaban su pieza y la entregaban buscando aprobación. Les costó interiorizar que su *parte* pertenecía a un *todo*.

Me limité a observarles. Uno de los equipos se estaba quedando rezagado y me acerqué. Justo en ese momento, una alumna propuso: *“Ya tengo la solución. Podemos intercambiar las piezas. Yo pinto el cielo de todas, otro los árboles, otro el mar... de forma que cada zona tenga el mismo color y el mismo trazo”*.

Yo no hubiera podido hacerlo mejor. Era la mejor definición de trabajar en equipo para conseguir un equipo de trabajo. El resto de compañeros identificó con facilidad el rol de su compañera.

Tanto me animó la experiencia que ya no podía dar marcha atrás. Por fin la competencia ciudadana dejaba el marco teórico y tomaba significado práctico. Nuevas experiencias, retos, dudas, dificultades, éxitos... Aprender entre iguales. Así, surgieron nuevas propuestas y nuevos proyectos.

Pero si este modelo de aprendizaje se implica en la resolución de conflictos, si trabaja, en la práctica, la competencia social, ¿por qué reducirlo al ámbito del aula? Algunos espacios que comparten alumnos de edades diferentes son focos de conflicto que generan miedo en gran parte de ellos. Qué mejor que establecer una pequeña red que vincule diferentes niveles y facilite el paso y las relaciones. Un nuevo reto.

### **Compartir espacios, compartir tiempos**

Surgió un nuevo proyecto más ambicioso que otros anteriores. Se trataba de que, al inicio de curso, cada segundo nivel de ciclo fuera anfitrión del inferior. El objetivo era que se tendieran una mano, que evitaran miedos al paso de ciclo y que se respetaran mutuamente.

Cada equipo de nivel superior se especializó en un ámbito del ciclo: *presentación de profesores, horarios, normativa, espacios, salidas, proyectos...* y se lo explicaron a los alumnos del nivel inferior.

La vida académica está fragmentada en niveles sin valorar que el alumno que circula por ellos es la misma persona. Debemos evitar que sientan que pertenecen a un modelo educativo fragmentado y, lo que es peor, fragmentario.

Me gustó la idea de tender puentes entre alumnos de diferentes edades y pensé en otro proyecto: Alumnos/as de cursos superiores (*Tercer Ciclo de E. Primaria*) se convierten en lectores de alumnos de cursos inferiores (*E. Infantil*) para compartir momentos de lectura. Les puede ayudar a mejorar su nivel de comprensión y, lo que es más importante, de comunicación. Unos se interesan por aprender a leer y otros por ser buenos lectores. Se crea una corriente de respeto y empatía y comparten emociones y conocimientos. Los lectores, al leer en voz alta, ofrecen, en sus gestos, visualización de emociones y conectan con sus oyentes. Creo que ambos ciclos salen beneficiados.

El ejercicio último de aprendizaje es realizado por el alumno, y como individuo que es, no puede ser aislado de sus propias emociones y sentimientos. Insistimos en darles infinidad de datos técnicos que la memoria olvidará rápidamente. Lo que tardarán en olvidar serán los datos emocionales que hayan experimentado. Ahí está el verdadero aprendizaje. Es una pena que le dediquemos tan poco tiempo.

Hace unas semanas programé con mis alumnos una salida ecológica. Nos acompañó una guía experimentada que conocía bien la zona. Al empezar la ruta nos pidió que eligiéramos una pequeña piedra y la lleváramos con nosotros hasta el final. De vez en cuando preguntaba datos sobre nuestra adquisición: quién tenía una piedra redonda, quién una áspera, quién una suave... Al finalizar, las recogió en una bolsa. Después, las extendió en el suelo y nos pidió que cada uno identificara la suya. Ninguna de las treinta personas que estaba allí se equivocó de piedra. Tan solo habíamos dedicado dos horas de nuestra vida a conocerlas e interesarnos por ellas y las habíamos convertido en distintas, en únicas. Si fuimos capaces de conseguirlo con piedras, ¡qué no podremos conseguir con nuestros compañeros! ¡Ayudemos a nuestros alumnos a alfabetizarse emocionalmente!

Cuando termino ciclo y despido a mis alumnos siempre les digo lo mismo: ***“Guardad como un tesoro lo que aquí hayáis sentido. Ampliaréis la información recibida pero, con el paso de los años, os daréis cuenta de que SABER no es ni la mitad de importante que SENTIR. Mi objetivo, humildemente, ha sido ayudaros a crecer”.***

Barakaldo, 18 de mayo de 2011